

**BENDITO EL REY QUE VIENE EN EL NOMBRE DEL SEÑOR - Comentario al Evangelio de P.
Ricardo Pérez Márquez OSM**

Lc 19,28-40

Dicho esto, Jesús siguió adelante, subiendo hacia Jerusalén. Cuando se acercó a Betfagé y a Betania, junto al monte llamado de los Olivos, envió a dos de sus discípulos con este encargo: «Vayan a la aldea que está enfrente y, al entrar en ella, encontrarán atado a un burrito en el que nadie se ha montado. Desátenlo y tráiganlo acá. Y si alguien les pregunta: "¿Por qué lo desatan?" , díganle: "El Señor lo necesita." »

Fueron y lo encontraron tal como él les había dicho.³³ Cuando estaban desatando el burrito, los dueños les preguntaron:

—¿Por qué desatan el burrito?

—El Señor lo necesita —contestaron.

Se lo llevaron, pues, a Jesús. Luego pusieron sus mantos encima del burrito y ayudaron a Jesús a montarse. A medida que avanzaba, la gente tendía sus mantos sobre el camino. Al acercarse él a la bajada del monte de los Olivos, todos los discípulos se entusiasmaron y comenzaron a alabar a Dios por tantos milagros que habían visto. Gritaban:

—¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor!

—¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!

*Algunos de los *fariseos que estaban entre la gente le reclamaron a Jesús:*

—¡Maestro, reprende a tus discípulos! Pero él respondió:

—Les aseguro que si ellos se callan, gritarán las piedras

Los Evangelios de Marcos, de Mateo y de Lucas coinciden en sus narraciones presentando el camino que Jesús recorre desde Galilea, la región del norte de Palestina, hasta la ciudad de Jerusalén, en el sur, en la región de Judea.

Es un recorrido muy importante porque Jesús a lo largo de él tratará de hacer comprender a sus discípulos en que consiste su mesianismo, como pueden reconocerlo como el Mesías esperado por el pueblo, porque para los discípulos el Mesías tenía que responder a esta imagen que había dado la tradición religiosa del pueblo de Israel, es decir un Mesías de poder, un Mesías que habría usado la fuerza e incluso la violencia para conquistar la ciudad de Jerusalén, reformar todas sus instituciones, y de esta manera dar a la nación, a Israel toda la gloria y todo el esplendor de la que había sido privada.

Jesús a lo largo de este camino había advertido a sus discípulos que nada de eso le espera a Jerusalén, que en la ciudad llamada santa, le espera una muerte terrible, sobre todo el rechazo por parte de las autoridades religiosas, de las instituciones del pueblo y ahora, en el evangelio de este domingo de Ramos, según nos presenta Lucas, se encuentra Jesús con sus discípulos a la puerta de Jerusalén, al final de este recorrido, en el Monte de los Olivos, cerca de las aldeas de Betfage y de Betania.

Jesús encarga a dos de sus discípulos que vayan a la aldea de enfrente y que desaten a un borrico y se lo lleven.

La aldea en el lenguaje evangélico significa el ambiente tradicional, los lugares cerrados a toda novedad, donde se vive siempre haciendo lo mismo, y donde no se acepta nada nuevo, y sobre todo la imagen del borrico alude a la profecía de Zacarías.

Este profeta había hablado del liberador del pueblo presentándolo como un príncipe de paz, como un personaje humilde, victorioso pero humilde, que habría montado sobre un borrico entrando en la ciudad de Jerusalén llevándole el don de la paz y de esta manera la ciudad se habría alegrado, *“exulta la Hija de Sión”*, recibiendo su liberador como un príncipe de paz.

El hecho que Jesús haya dicho a sus discípulos que hay que desatar a ese borrico es una manera con la que el evangelista nos quiere contar como esa palabra del profeta Zacarías había sido siempre dejada de lado, no interesaba esa palabra ni al pueblo ni a sus dirigentes, esa palabra quedaba como atada, amordazada la boca del profeta, porque ellos esperaban siempre un Mesías de poder y de gloria, nada que tuviera que ver con un personaje humilde que se presentaba a lomo de un borrico. Ahora Jesús hará este ingreso justo con las palabras del profeta Zacarías llevando a cabo esta profecía y realizando lo que el profeta había previsto.

Y lo hace de una manera, digamos, rodeada de todo el entusiasmo, de todo el calor de la multitud de sus discípulos que lo sigue, que lo alaban y lo bendicen y sobre todo echan sus mantos encima del borrico (algunos) mientras que otros ponen los mantos por el suelo para que Jesús pase por encima de ellos. Son dos maneras de hacernos comprender, según el evangelista Lucas, como los que siguen a Jesús y que

lo acompañan en esta entrada a Jerusalén lo reconocen: los que han visto en él un Mesías de paz, los que se identifican con su persona como el hombre que viene a dar la vida y no a conquistar el poder echan su manto sobre el borrico, esto quiere decir la identificación total con Jesús; en cambio los que ponen los mantos por el suelo esperan que Jesús sea el Mesías de poder y están dispuestos a ser sometidos por El, a que El controle y domine su vida.

Estos personajes juntos acompañan a Jesús alabándolo con la palabra del salmo *“Bendito él que viene en el nombre del Señor y paz en el cielo”* es decir de donde la paz que tiene que traernos el Mesías y no todos lo entendían de esta manera ciertamente. Intervienen los fariseos para que Jesús reproche a sus discípulos que lo alaban de esa manera, Jesús en cambio dice que si la gente se calla las piedras hablarán porque en ese paisaje, cerca de la ciudad de Jerusalén, donde están pasando ahora, había tumbas, (era una necrópolis en el valle del Cedron), era la piedra sepulcral: Jesús está diciendo que si se callan los discípulos todos los que anteriormente habían deseado la llegada de un príncipe humilde de paz, de un liberador del pueblo para dar la vida, pues que todo este deseo ahora se cumple, por lo cual es imposible que esto se rechace y que esto no se lleve a cabo.

De esta manera Jesús entra en Jerusalén llevando a cabo la palabra del profeta Zacarías y dando a conocer la calidad de su mesianismo, un Mesías que viene para dar la vida para que esta vida sea el don con el cual poder construir la paz y la justicia en la tierra y a través de todas las naciones.